

Discurso en el Centro de Cultura Valenciana (Lonja de la Seda)

16 de mayo de 1921

Señor presidente, señores consiliarios de la Cultura Valenciana, señoras y señores:

Hace un año en este mismo mes recibía yo un honor académico que considero inferior a este a pesar de que revistió unas formas grandiosas y solemnes, dignas de la magnitud del pueblo en que se desarrollaba. Como digo, hace un año, estaba yo en los Estados Unidos y la Universidad de Jorge Washington, en Washington, capital de esa república, me nombró doctor en Letras, y el acto revistió, como os digo, la grandiosidad propia de todos los actos de aquel país. Se verificó en un inmenso hall, donde caben seis u ocho mil personas. Asistieron el embajador de España y los embajadores y ministros de todas las repúblicas que hablan español.

En el fondo había una gran bandera colosal de España, de muchísimos metros, que llenaba todo el fondo de la sala, y la fiesta fue una fiesta española, una fiesta de glorificación para la literatura de nuestra patria, y sobre todo para el más grande de los novelistas españoles y de todos los ingenios de la literatura universal, o sea para don Miguel de Cervantes Saavedra.

Con ser tan grande, yo experimenté una inmensa satisfacción, porque también representaba una glorificación no a mi persona —mi persona era circunstancial— sino a España, la España que tanto representa para la historia de América y para la historia del progreso humano.

Pero a pesar, como os digo, del afecto de aquella fiesta, yo prefiero esta, y no creáis que lo digo por una de esas adulaciones propias del artista, ni por uno de esos medios de que se valen los oradores puramente circunstanciales, para halagar al público. Yo (los que me conocen saben ciertamente que prefiero esta fiesta), yo soy de España, pero dentro de España yo soy muy valenciano y seré valenciano siempre.

Yo, señores, os diré una cosa. Yo no he escrito más novelas valencianas y he salido de Valencia y he escrito novelas españolas, después novelas que pudiéramos llamar internacionales; yo no he escrito más novelas valencianas, porque he considerado que el tema estaba agotado. Había hecho la novela de la burguesía de Valencia, *Arroz y tartana*; yo había pintado la playa y los marineros y pescadores en *Flor de mayo*; había hecho *La barraca*, que es la gente de la huerta; había hecho *Cañas y barro*, que es la novela de la Albufera; traté de la Valencia histórica, que es *La defensa de Sagunto*; y después de esto me eché a escribir novelas de otros países, porque no encontré más temas para novela. Tal vez los encuentren las gentes que vendrán después. Yo no encontré más.

Y puedo deciros que la novela valenciana es la que he hecho con más entusiasmo, porque al mismo tiempo que hacía vivir al artista, había en torno de mí algo, un ambiente de familia, algo sincero e íntimo que debo confesar no he encontrado cuando hacía otras novelas, otras novelas que he hecho con más maestría, con lo que llaman los franceses «acelier», conociendo mejor mi oficio, no con la inexperiencia de cuando joven, pero que no tendrán la frescura, esa virginidad que tendrá la novela valenciana que escribí con grandísimo entusiasmo.

Como os digo, pues, todo lo que se refiere a Valencia es mío y lo agradezco mucho más que todos los mayores honores que pueda conquistar en lo futuro en diversos países. Y tanto es así, que yo debo decir algo del inmenso agradecimiento que tengo a este Centro de Cultura Valenciana y de las impresiones que he experimentado no hace más que un mes, cuando recibía, con el nombramiento de este centro, unas publicaciones que había hecho el mismo, y de las cuales son autores algunos de los que me escuchan.

Yo, recientemente, he hablado en Madrid de tres novelas que voy a hacer, novelas que se refieren primeramente a la vida mediterránea, y que en cierto modo son novelas bilbaínas o novelas aragonesas, novelas de evocaciones, de lo que fuimos nosotros cuando se iniciaba el renacimiento para toda Europa, lo que serán después los que evocaron la gran epopeya de la conquista de América y su colonización. Y debo confesaros que estas novelas laten en mi imaginación, como late en la imaginación del escultor, del pintor, el bosquejo de la obra, que se propone realizar. Estas novelas encuentran forma ensalzando las obras de autores que me escuchan, que pertenecen a la Sociedad de Cultura Valenciana, que servirán para dar el último toque a esta misma novela que yo llevo en mi imaginación como simple boceto.

Nosotros, señores —permitidme que haga una pequeña digresión antes de hablar de otra cosa—, nosotros no sabemos la España que vivimos; nosotros somos el pueblo más calumniado que hay en la tierra, el pueblo más odiado.

Debo deciros que yo que soy un hombre de progreso, yo que aparezco, como mucha gente, como un hombre que no cree en el pasado, yo me indigno, y cuando salgo de España no hago más que defender el pasado.

Nosotros habremos tenido defectos como tienen todos los pueblos; habremos podido cometer atrocidades como las que han cometido otras naciones, pero, creedme, nosotros no hemos sido, ni remotamente, como quieren pintarnos en el resto del mundo los enemigos.

Y en lo que se refiere a Valencia, nosotros hemos producido en otros siglos —y de esto voy yo a escribir, valiéndome del medio de la novela, que es el mayor medio de difusión—, nosotros hemos producido grandísimos hombres.

Nosotros, Valencia y la Corona de Aragón, hemos producido grandísimas personalidades, personalidades eminentes, que por el mero hecho de haber sido españoles, son calumniados de la historia.

A ese vulgo, vulgo universal, que tiene ilustración primaria, que acepta una serie de mentiras que han tomado carácter tradicional, se le habla de los Borgias y todos se estremecen y ven venenos y puñales y tienen una ilustración de ópera y ven a Lucrecia Borgia asesinando gente y ven papa Borgia que se entretiene en envenenar a alguien, como al mayor de los monstruos.

Y sin embargo, señores, abundando en las mismas ideas que el consiliario señor Martínez, que me escucha, Alejandro Borgia, el papa Alejandro VI, es la figura más eminente para mí, que tiene el renacimiento de aquella época. Y lo mismo el papa Pedro de Luna, que Calixto III, todas las grandes figuras que produjo Valencia y la corona de Aragón tuvieron una influencia universal.

Como os dije, somos calumniados. Y España en todos los países, por lo mismo que fue grande, en otros tiempos, tiene grandísimos enemigos. Y lo comprendo. España, durante siglo y medio, dirigió la tierra.

La Inglaterra, que es tan grande; la Inglaterra que ha dominado el mucho, no lo domina más que 100 años y todavía le faltan 50 más.

Lo que ocurre es que esta grandeza pasada se apagó con una serie de calumnias y con una serie de propósitos preconcebidos contra España que son con los que tropezamos todos los que salimos haciendo propaganda de esta nación por el extranjero.

De aquí, señores, que esta Sociedad de Cultura, como las sociedades que hay en otras regiones españolas, preste un inmenso servicio al remontar el curso de la historia, como si dijéramos al revés, yendo hacia las fuentes de estos ríos nacionales para averiguar la verdad, para rectificar todos los grandes errores, para demostrar que nosotros, si tuvimos defectos, fuimos sin embargo un pueblo que servimos a la civilización como ningún otro; porque Grecia podrá presentar en el pasado sus grandes esfuerzos literarios y artísticos; Roma podrá presentar el Derecho, podrá presentar las conquistas del Derecho, podrá presentar todas las ventajas de la civilización romana; y lo mismo Francia, que los otros países; pero ningún pueblo de la tierra podrá presentar lo que presentó España como servicios a la civilización universal. Ningún pueblo ha descubierto medio planeta, como nosotros, y después le ha dado la vuelta por primera vez, como lo hiciera Magallanes y los marinos españoles.

La grandeza de España como la grandeza de todos los países, se compone de la grandeza de los pueblos que constituyen esa nación. De ahí, señores, que yo haya sido siempre regionalista y hasta en política yo he sido federal, sin que esto haya supuesto ni el menor inconveniente ni la menor disminución de mi sentimiento de español.

Yo creo, señores, que cuando más fuertes son los ladrillos al unirse, más fuerte es la casa; creo que cuanto más fuertes son los pilares, más fuerte es el edificio; cuanto más fortifiquemos el espíritu de iniciativa de los pueblos que componen España, cuanto más trabajemos para vivir por sí propios, sin pedir limosna y sin vivir de la limosna de los poderes centrales, más grande será la nación, de la misma manera que la familia es tanto más

poderosa y rica cuanto menos parásitos tiene dentro de ella y cuanto más sabe cada uno ganar el jornal para sostener a su madre.

Yo, señores, debo confesarlo. Hablo de esto que no es hablar de política, pero para vosotros no es ni ha sido ningún secreto. Yo he sido republicano siempre; pero, no creáis que jamás yo he pensado en Francia; tengo hacia ella simpatías por su cultura y por su literatura, pero no es mi ideal.

Yo siempre he amado a los Estados Unidos. No data de ahora, porque he ido y me han obsequiado, sino porque es una república federal. Porque cada país tiene su vida propia, cada región tiene su fisonomía propia, hasta su legislación tradicional y después todos juntos forman ese gigante que todos vosotros conocéis.

Si no existiera allí el federalismo, creedme que este país no sería tan grande como es.

De ahí que yo ame a Valencia. Y este amor no quiero que sea una palabra vaga, una simple frase retórica, el amor se demuestra con actos.

En la vida, la virtud de la frase «Yo te amo», cuando no se sacrifica uno por ella y no está dispuesto a hacer por ella hasta locuras, el «yo te amo» no significa nada. Hay que demostrarlo con algo; y sobre todo hay que demostrarlo en una forma práctica.

Yo, señores, desde hace dos meses tengo una preocupación, una preocupación que ha ido agrandándose conforme me acercaba a Valencia.

Yo aprovecho el hablar aquí, en una Sociedad como esta, tan amplia, tan literaria, tan amante de Valencia, para exponer algo que yo llevo en mi pensamiento, y algo a lo que estoy dispuesto a darle toda mi actividad y todo mi entusiasmo.

Yo, sabéis que soy muy valenciano. Yo soy todo lo que se puede ser de valenciano. Yo he sido bautizado ahí enfrente, en la parroquia de los pillos, en la de San Juan. Yo he nacido en el corazón de Valencia. Yo he jugado en todas estas calles del Mercado.

Esta mañana me acordaba yo, al inaugurar una escuela pública en el Cabañal y cantaban los niños de las escuelas del Ayuntamiento, y cuando les oía cantar me decía: «Yo también he sido “chiquet” de los que cantaban en la escuela. Yo he pertenecido a las escuelas municipales y hasta una vez he cantado el mes de María en la iglesia de San Bartolomé.

Como os decía, yo soy muy valenciano, y he vivido en una Valencia que guardaba todavía algo tradicional que ya casi no existe. Y me causa dolor el ver que Valencia, aquella Valencia típica, aquella Valencia que existe en los sainetes de Escalante, que existe en las poesías de Llorente y en las de tantos escritores que ha tenido la literatura valenciana, aquella Valencia, que aún se respeta en algún cuadro de nuestros antiguos pintores, todo esto va desapareciendo.

Yo no maldigo esto. Yo sé que todos los pueblos necesitan renovarse para no desaparecer.

Yo sé que el progreso en todos los países uno de los inconvenientes que tiene, pero inevitable es que va borrando el pasado, y de una manera brutal, mecánica; sin fijarse en

lo que es bueno ni en lo que es malo lo va borrando y de ahí que el esfuerzo del hombre racional, es ir modificando, es ir canalizando esa fuerza, algo que borra sin fijarse en lo que borra, para hacer que aparte de esa borradura vayan quedando aquellas cosas que merezcan respetarse.

Yo me he quedado asombrado al ver lo poco que va quedando de la ciudad antigua.

Hace dos meses, yo viajaba por la Provenza, preocupado por el papa Luna, en una visita que hice a Aviñón, y tuve ocasión de ver algo de lo que he visto en Provenza y que debemos hacer los valencianos. Y digo debemos hacerlo porque el primero que va a preocuparse de esto soy yo, que además de valenciano soy hijo de padres aragoneses, y soy algo tozudo, que es lo que me ha valido en la vida. Cuando me he propuesto una cosa la he hecho con el entusiasmo y la gallardía del valenciano y la tozudez del aragonés.

Pues, como os decía, hay allá en Arlés, un museo fundado por el gran poeta Mistral, el autor de *Mireya*, que todo el mundo conoce.

Ha hecho simplemente y no solo, sino que es obra de toda la Provenza, un museo de toda la Provenza que ha desaparecido, donde están las monturas de los antiguos picadores de toros de la Camarga, donde están los aparatos de pesca de los hombres de la costa de Provenza, donde está en figura pequeña reproducido el Museo de la Provenza, donde hay, como habréis visto los que habéis estado en París, un museo Gremand de figuras de cera, donde hay una gran plaza, varias columnas y tiene por cielo un gran vidrio, y allí se ve una boda provenzal, de figuras muy bien hechas, y hay un interior de una cocina y hay un nacimiento, diversas manifestaciones de la vida provenzal. Aparte de esto, hay libros célebres de la vida provenzal y retratos de todos los hombres que han formado su literatura.

Y yo pienso: nosotros que somos un pueblo de artistas, ¿qué museo no podríamos hacer en Valencia, un museo que perpetuase la vida valenciana? Esto hace una falta aquí como no podéis daros idea.

Sabéis que mis novelas, por un azar de la fortuna tal vez, están hoy traducidas a casi todos los idiomas de los pueblos civilizados. Y he recibido numerosas cartas de señoras francesas y de señoras norteamericanas que han pasado por aquí y me decían: «Yo he leído sus novelas entusiasmada. Estuve en Valencia y no vi nada: ni flores encontré».

Y esto es verdad. Hay que decirlo entre nosotros que somos valencianos. La vida valenciana no pudo verla por ninguna parte. Afortunadamente para la ciudad hay calles nuevas, ideales. Pero lo antiguo, ¿dónde lo van a encontrar? ¿Dónde van a ver nuestras costumbres tradicionales? No las hay. Y yo miraba lo de Provenza. Provenza, ciudad muy interesante por su poesía, es una Valencia pobre. No se puede comparar con la nuestra ni remotamente. Viene a ser una Valencia de la montaña, con trajes apagados; un país pobre, un país de olivos, que es lo único que se cultiva.

Imaginaos qué Museo podremos hacer tan grande, aquí en este país, feliz durante siglos, donde las labradoras se han vestido de brocado de seda lo mismo que las damas de Versalles, donde los labradores iban vestidos de seda, donde la loza nuestra tiene todo el

nacarado del mar, de ese mar Mediterráneo que tiene el oro, el azul y el blanco de las puestas de sol y la aurora de nuestro cielo.

Si este es el pueblo más artístico y más hermoso de la antigua Grecia, que tal vez no ha existido y que son los poetas quienes nos lo pintan.

Únicamente esa Grecia imaginada, que es la que hemos visto a través de los libros, puede compararse en hermosura con la Valencia tradicional que ha desaparecido y que únicamente la vemos cuando llega Carnaval mal representada en un baile de máscaras cuando las mujeres se visten de labradora.

No; aquí debemos hacer algo práctico: aquí debemos construir el Museo de Valencia, donde estén: primero, las fotografías, modestas, pequeñas, pero como una especie de Partenón de todos los hombres que han escrito versos, novelas o trabajos históricos, de todo valenciano que ha producido algo intelectualmente, todos deben estar allí. Y después de esto todo lo que se refiera a nuestra pesca, a nuestra navegación, a nuestras costumbres, las grupas cuando corren la joya; después la vida representada por figuras de cera; imaginaos con el plantel de artistas que tenemos aquí, las cosas que se pueden hacer.

Con dinero se pueden hacer muchas cosas. La primera materia está: tenemos artistas. Representad la vida valenciana y de esta manera, a la media hora de visita, o una hora, se enterarían de lo que había sido Valencia.

Se puede apelar a figuras pequeñas para representar las cosas que fuesen grandes y reducir, por ejemplo, los aperos de labranza típicos..., de todo lo que se destaque aquí, en una palabra.

Y otro aspecto de la vida, poner figuras con trajes valencianos auténticos, para que los extranjeros vieran cómo era la cocina de la barraca por la noche, cuando la madre está guisando y el padre ha venido cansado del trabajo y sentado en la silleta de cuerda y los chicos están jugando y se viese cómo son las bodas, cuando hacen las cartas dotales y después la novia va pidiendo «per a agulletes» entre los que están presentes.

Hay para hablar dos horas de esto. Imaginad lo que podrán hacer nuestros artistas. ¡Qué museo más interesante, y cómo la gente, al venir aquí, diría: yo he visto la vida valenciana!

Hay que pensar, señores, en nuestra responsabilidad. Nuestra responsabilidad es enorme.

Yo he visto la vida valenciana y, ahora que tengo 52 años, no la encuentro por ninguna parte. Aún podríamos reconstruirla. Si dejamos pasar 30 años, con todo el dinero del mundo no podremos reconstruirla. Ahora es el momento.

Yo en estos momentos pensaba citar a una reunión a todos los escritores, a todos los escultores de Valencia, a todos los pintores, a todos los tallistas, a estos artistas que están entre el arte y el oficio, que tienen los oficios que pudiéramos llamar oficios artísticos y a todos pedir que nos prestásemos todos para realizar esta obra.

Yo me atrevería, aquí está el Alcalde (como sí no me oyese. Fuera de aquí le pediré una cosa).

El Ayuntamiento tiene un palacio muy bonito, más bonito que el Mercado Central.

El Ayuntamiento, digo, tiene un palacio de lo que llamo yo arquitectura valenciana; porque yo me he metido en la cabeza que la arquitectura es la Lonja y el Hospital de Játiva, que es lo que se puede llamar arquitectura valenciana; es algo bizantino porque es innegable la influencia de Italia en nuestra arquitectura.

Vosotros sabéis que como restos de la Exposición queda el Palacio Municipal, ese Palacio Municipal donde no pasa nada, donde no hay sillas; ese último resto de la Exposición sirve, cuando viene alguien como yo, para celebrar una fiesta. (El laboratorio puede colocarse en cualquier otro sitio.)

Allí se puede hacer el museo valenciano. Un Museo de Valencia, junto a la Alameda, rodeado de jardines, donde el mismo Baedeker que traen los viajeros dijera: «Vayan a ver el Museo de Valencia, que es muy interesante». Y los viajeros que de Barcelona pasan a Zaragoza y Madrid y nos dejan a Valencia fuera, que supieran que había un museo interesante valenciano, en el que habían tomado parte artistas como Sorolla, Benlliure y otros escritores como yo, vendrían por curiosidad a ver lo que ha hecho este núcleo de valencianos aquí, para perpetuar la vida y vendrían de la misma España a ver el Museo Valenciano porque resultaría muy interesante.

Y este es el local en que podríamos comenzar a hacer.

Luego hay medios a la americana, que yo conozco, para hacer dinero rápidamente.

Aquí hay que reunir a todos los empresarios de teatros y de cine y juramentarlos en nombre de Valencia a que cada uno diera una función anual beneficio del museo de Valencia.

Yo me comprometo, allí donde esté, venir a cualquiera de esas funciones para tomar parte.

Yo me comprometo a dar una novela y todo lo que produzca vaya a parar al museo; yo me comprometo también, por efecto de mis andanzas por los Estados Unidos, yo soy amigo de todos los grandes millonarios y de todos los grandes capitales de la tierra. Yo conozco a Huntington, el gran historiador y amigo de España y también le sacaré dinero para el museo.

Si Valencia, si el Ayuntamiento nos da el Palacio Municipal, que nos lo dará, y todos trabajamos llenos de entusiasmo, sobre todo la juventud, todas estas asociaciones y sobre todo el Centro, de Cultura Valenciana que tomase esto bajo su dirección, podemos hacer una obra magnífica.

Y esto sería más hermoso, que cuanto pudiéramos escribir sobre el pasado de Valencia. Porque lo que se escribe sobre el pasado de Valencia tiene un valor enorme para la gente intelectual; pero este museo nuestro tendría la fuerza que tiene toda representación plástica porque interesaría, no solamente a personas ilustradas, sino a todos los ignorantes.

La gente sencilla consideraría el museo de Valencia como una especie de Partenón porque guardaba todas las glorias de nuestra raza, todo nuestro pasado y todo nuestro presente artístico.

Y voy a terminar.

Nosotros todos tenemos la obligación de trabajar por nuestro pasado para que no se pierda.

Hoy en el mundo hay una especie de pausa en que los pueblos que han marchado durante el siglo XIX y parte del siglo XX de una manera acelerada, con un afán loco de progreso, galopando, sin ver lo que atropellaban y sin ver lo que dejaban a la espalda, después de ese gran conflicto de la guerra, después de esa conflagración, se han concentrado en sí mismos, y llevan como una especie de vida interior que les hace mirar hacia el pasado, no en lo que el pasado tiene ya de insustituible, sino en aquello que el pasado tiene de aprovechable y que merece que se perpetúe por los siglos de los siglos.

Entre todos los pueblos de la tierra, nosotros, Valencia que forma parte de España, que es un componente de España, nosotros debemos cultivar y sostener y perpetuar el pasado en lo que tiene de más noble.

A nosotros, como antes os decía, se nos odia. ¿Sabéis por qué? Porque la América representa el porvenir, porque América es la juventud del mundo y en América, desde California hasta el Estrecho de Magallanes, allí donde rascan la tierra, quieran o no, sale España. Y entonces los hombres de los otros países de Europa que van allá con el afán de apoderarse de ese mundo, de América, se ven que España les sale al encuentro en todas partes con los nombres de los conquistadores, con la misma lengua que se habla y entonces nos odian, nos declaran la guerra y nos calumnian ante la historia. Pero esta labor será inútil. Esos pueblos crecen y crecen y son el porvenir de la humanidad.

Vosotros habéis visto lo que ocurre en las grandes construcciones modernas. Cuanto más alto quiere elevarse un edificio, es necesario hacer más profundos los cimientos.

Pues bien: las naciones de América, cuanto más alto suben y suben, muchísimo más hondos han de hacer los cimientos, y los cimientos somos nosotros, es España, es nuestra historia, es nuestra lengua.

Yo, pues, voy a terminar, manifestando mi inmenso agradecimiento a la Sociedad Cultura Valenciana.

He expuesto esta idea con el deseo de servir a Valencia, de servir a la cultura artística de este país y de servir al mismo tiempo a la noble e ilustrada Sociedad que me ha honrado acogiéndome en su seno.

Estoy dispuesto a trabajar por todo cuanto redunde en beneficio de Valencia.

Yo, por desgracia, por exigencias de mis compromisos, de mi historia, no puedo vivir siempre aquí. Tal vez algún día venga a morir cuando me falten las fuerzas. Hoy todavía tengo una gran actividad que quiero dedicar a la propaganda de las grandezas de mi país, y esto me obliga a ir de un sitio a otro. No sé dónde estaré mañana.

Mi propósito en el año próximo es dar la vuelta al mundo. Pero allí donde esté habrá un valenciano, un gran valenciano que está dispuesto a servir a su país y a hacer todo lo

que pueda por su gloria futura y por su gloria pasada, para que Valencia sea, si puede ser, la ciudad española del arte y tal vez en la literatura y para que al mismo tiempo nuestro pasado resplandezca con todas las glorias que merece, como una de las grandezas más grandes de la grandeza de la nación española.

He dicho.